



EL PRESTIGIO MUNICIPAL.

Es indispensable que los hombres que se pongan al frente de la Corporación municipal presten á los habitantes de esta desgraciada capital todas las garantías y todas las seguridades de honradez, actividad é inteligencia que se requieren para que la institución municipal llene el objeto de su importante misión y no vuelva á convertirse en negocio de unos cuantos y en el rey de burlas de la prensa y del público.

La carga concejil que empieza á ser incompatible con las tendencias y el espíritu de nuestra época, es un encargo de suma

confianza que debe ponerse en manos muy puras; debe depositarse en hombres de acrisolada honradez y patriotismo para que el *negocio*, que es el cáncer que desnaturaliza y nulifica toda administración, no se sobreponga al palpitante interés del bien público, que debe ser el único norte de los municipales.

Ardua es la tarea y grave el compromiso del ciudadano elegido para un cargo erizado de dificultades; tanto más cuanto que va á formar parte de una corporación casi impotente, por lo exiguo de sus recursos, para cubrir las apremiantes y graves atenciones de una ciudad que crece día á día, multiplicando las exigencias gravísimas de su saneamiento, de su policía y de su conservación.

Los inveterados abusos del poder han llegado á sepultar la libertad del sufragio en el indiferentismo de las masas, expresión del despecho público y del desprecio de los ciudadanos á las entidades políticas, que han creído encontrar un alimento á lo que lla-

man política de su propia conservación en los atentados contra las libertades públicas y contra los derechos individuales, cuando esa política mezquina y antidemocrática no ha hecho más que desprestigiar al poder y hacerlo odioso.

No es, en la república, el abuso de la uerza, ni el monopolio de mando, ni la violación de los principios lo que da respetabilidad y fuerza á los gobiernos; es el respeto á los derechos de todos, el uso legal del poder dentro del círculo infranqueable de la ley lo que haciéndolos dignos del encargo del mando, les atrae el respeto y el aplauso de los ciudadanos.

Los ayuntamientos se han sucedido unos á los otros nombrados de orden superior, no precisamente porque el pueblo se abstuviera de votar, renunciando sin motivo sus derechos, sinó porque la autoridad, anticipadamente, y creyendo seguir las inspiraciones de lo que se ha empeñado en llamar su política, enlistaba á sus adeptos, á sus parciales, á sus ahijados; adeptos, parciales

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTEVIDEO, URUGUAY

y ahijados que reunieran la poco envidiable pero necesaria virtud de la obediencia pasiva, virtud, que, si bien muy apreciada por el gobierno, convertía al regidor ante la opinión pública en sicario y maniquí.

Con tal investidura política por origen, con la impotencia por condición y con la imposibilidad de obrar por norma, ¡qué mucho que la regiduría haya llegado á asumir entre nosotros un carácter casi ridículo, y haya ido á parar en manos las menos á propósito para manejar un encargo de suyo tan honroso, tan delicado y tan difícil!

Estos fatales antecedentes explican muy bien la serie de despropósitos municipales de que se ríe estrepitosamente este vecindario. Ya se explica cómo esta corporación que mereció en un tiempo el título de ilustre, desatiende la cloaca pestilente, foco de corrupción, desatiende al enfermo, al preso y al educando en la escuela, por albergar una docena de indios bajo una cúpula de cristales. Ya se explica cómo se gastan los fondos de la ciudad en comprar arbustos,

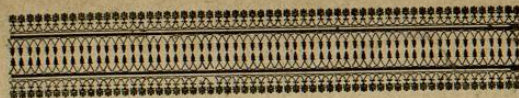
plantados adrede para que no prendan, y comprar más: ya se explica cómo se arruinan todos los jardines, se deterioran todas las estatuas y cómo han llegado todos los ramos municipales al estado mas lastimoso, mientras los munícipes de los ramos llegan al estado mas próspero. Ya se explica cómo hay quien siente plaza de regidor y viva y coma de ello á la sombra del desprecio público.

La regiduría fué en un tiempo, y es su índole y su origen, un año de práctica de las virtudes cívicas y de las facultades personales para el servicio público; práctica que, prestigiando al regidor, lo inscribían en las candidaturas populares para encargarle la representación del Distrito en la asamblea nacional. Ninguna institución es en su esencia mas democrática ni mas conforme con el espíritu del sistema representativo, que la institución municipal, porque ella envuelve un principio de justicia, y por lo tanto de moral, como es la prueba de las aptitudes para el servicio público, en comi-

sión gratuita y en beneficio del pueblo, para que el pueblo, con conocimiento de causa, concorra con su voto á los comicios para formar la representación nacional.

Pero desde el momento en que el gobierno confecciona empleados, porteros, regadores y diputados en la misma máquina, queda barrenado en su base el sistema representativo, que encierra el principio de moral y de justicia, único en que puede fundarse la dicha y la respetabilidad de los pueblos.





EL ABASTO DE AGUA.

SIN necesidad de ser sabio se puede asentar como un hecho histórico, que la primera vez que Adan tomó agua lo hizo en la palma de la mano, en una hoja de superficie cóncava, ó agachándose hasta besar el precioso líquido, como lo hacen todavía los muchachos y el pueblo en las fuentes de la Alameda.

Cuando Adan se hubo reproducido, su prole se extendía á lo largo de los arroyos que eran los acueductos primitivos. El nivel natural del terreno era el árbitro de las ubicaciones, y la gente y el agua corriente eran inseparables. Ese nivel trazó los primeros

acueductos en los que la hidráulica no buscaba más que dejar correr el agua, y una vez recibida en un depósito, la gran cuestión del abasto estaba resuelta: la gente la bebía en el depósito ó la acarreaba, pero ya no se moría de sed la ciudad.

Desde esta fecha memorable, 4.000 años, hasta la presente, quiere decir desde Rebeca hasta nuestro aguador, no hay más que un paso. El agua sigue corriendo desde antes de la fundación de México á más no poder, sin embargo de que siempre que puede, y es muchas veces, en el camino se escapa por donde Dios le da á entender y no llega á la capital toda la que corría en los buenos tiempos del agua.

Cuando se inventó la bomba el agua recibió un susto mortal: hasta entonces no había hecho más que descender, dejarse ir buscando lecho y donde podía descansaba, pero la bomba impertinente la coje el día menos pensado por atrás y la obliga á subir ¿á dónde? al aire, á la azotea, á cualquier parte. ¡Malditos ingenieros! hacer subir el

agua á pura canilla; obligarla á llenar el vacío que deja la huída del émbolo y salir por donde menos se le espera! ¡Pobre agua metiéndose en camisa de once varas, metiéndose en tubos á oscuras é impelida por una fuerza que ella no conocía, acostumbrada como estaba á deslizarse en los arroyos cantando cancioncitas del país, según los poetas, acostándose tranquila muchas veces para servir de vidrio azogado á Narciso y á todas las pastoras coquetas de Virgilio y de Garcilaso. Pero la hidráulica estaba contenta porque aquello ya era algo. La Samaritana y nuestro aguador estaban defraudados con ese diablo de máquina que llamaba el agua y la hacía correr hacia arriba contra su costumbre. ¡Adios cántaro! ¡adios aguadores! ¡adios Rebeca! El agua, enemiga del vacío, tenía que aniquilarlo donde quiera que lo encontrara, y los émbolos, especie de prestidigitadores mal intencionados, se lo hacían por aquí y por acullá riéndose para obligarla á subir rabiando por vericuetos y encrucijadas, por tripas y tubos

y válvulas. El agua estaba cogida; en vez de cielo azul, cara á cara, se la pasa en cilíndricas paredes de barro, de plomo y de fierro, empujada, siempre molesta, queriendo encontrar su aire y su luz y recibiendo un susto á cada hora sin saber ella misma á dónde ir á parar, y tan pronto suspiraba encerrada en su largo calabozo, como se encontraba llenando un baño ó apagando un incendio; ¡pobre agua! ¡pasar de la cárcel al quemadero! no le quedaba más recurso que subirse á las nubes de nueva cuenta, para de allí escurrirse una tardecita otra vez á la tierra á buscar su antiguo arroyo, tan cómodo y, sobre todo, tan platicón y tan murmurador.

Pero estos ingenieros, que son la piel de Júdas, se la jugaron el día menos pensado hasta á las bombas. No sé si se compadecieron de los suplicios del agua corriendo tras el vacío ó si se les cansaron los brazos á tanto tirar de los émbolos; el caso es, que tranzaron con las propensiones muelles y perezosas del precioso líquido, el que su-

puesto que se deja caer de su propio peso, y lo que quiere á toda costa es ir hacia abajo, diéronle gusto sin más cortapisa que la de practicar este nuevo arreglo en las partes altas, que en cuanto á las bajas ya tendría el agua modo de conducirse honradamente.

Y se estableció el *reservoir*, quiere decir, el depósito alto; allí se le dió gusto al agua, se le dió por su juego, se le dejó que pesara sobre sí misma, que viera el cielo, que se oxigenara hasta que le diera la gana, que dejara caer sus arenillas y sus impurezas hasta el fondo. El agua se puso muy contenta, y á la altura de la civilización, los ingenieros hicieron de las suyas; á los piés del depósito no salió gota que no pasara por su propia voluntad al tubo, á los tubos, al sistema arterial sin más salida que los bitoques. El agua no podía quejarse puesto que se le daba gusto, pesaba sobre sí misma y metida en el sistema arterial y con una presión enorme sobre su cabeza, no tenía más salida que la abierta de un bitoque, ni

más camino que su propia cárcel, y así cada quisque toma agua limpia del depósito porque el aguador ni la manosea ni hay quien la obligue á ser eterna infusión, en las fuentes abiertas, de todo género de inmundicias.

Ésta ha sido la última palabra de la hidráulica para el abasto de aguas potables en las sociedades mas adelantadas. Sin embargo, al pretender introducir este sistema en México, ha de haber quien se oponga por la misma razón que hay quien prefiera el atajo al ferrocarril, el ocote á la luz eléctrica y el ominoso aguador á las últimas conquistas de la ciencia moderna.

